LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII ↞ BARCELONA 25 DE FEBRERO DE 1889 ↠ NUM. 374

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

CARNAVAL



SIN MÁSCARA, cuadro de Fortunski

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

SIN MÁSCARA, cuadro de Fortunski

El autor de este cuadro podrá ser hijo de los países del Norte; pero el tipo elegido por él y que, á juzgar por su perfecta ejecución, debe haberle inspirado, en demasía quizás, es propio de una región en que, como en Italia ó España, abundan esas morenas, de ojos negros y brillantes, que cubierto el rostro con un aterciopelado antifaz tan negro como ellos, excitan vivísimos deseos de contemplar su rostro libre de tan molesto velo, y después de haberlos satisfecho casi hacen arrepentirse de ello, no por haber hecho sufrir una amarga decepción, sino, antes al contrario, por la indeleble impresión que causan en el corazón de todo amante de la belleza y de la gracia.

Muchos de nuestros lectores se habrán encontrado en este caso en algún baile de máscaras, y á ellos apelamos para que confirmen nuestro aserto.

En cuanto á la obra en sí, se recomienda por el vigor del claro oscuro, por la acertada y picaresca expresión de la fisonomía, propia del momento en que se supone colocada la figura y por la valentía de los toques, todo lo cual revela en Fortunski un artista no vulgar.

EN LA CAMPIÑA DE ROMA, cuadro de A. Braith

La campiña de Roma, considerada en el sentido más lato, comprende la dilatada llanura que se extiende entre los montes Albanos, los Volscos y el mar hasta Terracina, y el valle del Sacco, río que desagua en el Garellano. Dada esta extensión, la campiña tiene 185 kilómetros de largo por 70 de ancho. En tiempo de los antiguos romanos, la campiña estaba adornada con magníficas quintas y jardines, y notables monumentos. Las devastaciones incesantes llevadas á cabo por las invasiones de los bárbaros y las muchas guerras de que ha sido teatro Italia, redujeron poco á poco la antes animada campiña á un desierto, y cuantos esfuerzos han hecho después los papas para devolverle su antiguo esplendor, las desecaciones, canalizaciones y colonizaciones, no han bastado para ello, y aun hoy día, en un espacio de muchos kilómetros en torno de Roma, no se encuentran ciudades, pueblos, ni aldeas. Mesones solitarios, caseríos diseminados, ruinas de acueductos, castillos y mausoleos, estacadas que cierran los terrenos de los pastos acotados, vagabundas manadas de bueyes semisalvajes, con pastores armados de una larga pica, indolentes arrieros que guían macilentas recuas de mulas ó asnos, polvo y aridez y alguna que otra planta desmedrada, tal es el aspecto actual de aquella región, cobijada por el más hermoso cielo de Italia.

Perfectísima idea de estas condiciones de la campiña da el cuadro de Anton Braith que reproducimos. Ese harapiento *contadino*, tendido más bien que montado sobre un jumento, esos cuadrúpedos que se abrevan después de una fatigosa marcha, las cabras que buscan la escasa sombra de un pequeño ribazo para preservarse de los ardores de un sol abrasador, la carreta que en segundo término aparece rodeada de ese polvo tórrido que seca las fauces, las ruinas que se ven en lontananza, y todo el ambiente, en fin, están impregnados de un colorido tan local que permite fácilmente comprender las condiciones de la comarca y demuestran que el artista es un maestro consumado en el dibujo y en la aplicación del color.

UNA CONSULTA, cuadro de F. Mestres

(Exposición Parés)

La mejor descripción y juicio que podemos hacer de este cuadro esreproducir la opinión formada acerca de él por uno de nuestros críticos de arte y que vió la luz pública en un periódico de esta capital, cuando este lienzo se expuso en casa de Parés. Dice así:

«Colocado en el sitio preferente del Salón Parés, llama la atención esta semana un precioso cuadro del señor Mestres, joven artista, discípulo de esta Escuela de Bellas Artes, que no ha cumplido aún la edad de diez y siete años. Representa el cuadro una consulta en un despacho. Dos caballeros están conferenciando con una verdad de expresión y con una naturalidad superiores á todo encarecimiento. Aquellas figuritas respiran y se mueven, y para aumentar el efecto y las dificultades de ejecución, el joven artista no ha titubeado en pintarlas presentándose por oscuro, á causa de recibir la luz de una ventana del fondo. Los pormenores, pintados con una exactitud extraordinaria y con efectos admirables de luz, contribuyen á aumentar la ilusión que produce el cuadro. La mesa y los objetos puestos encima de ella sobresalen por su verdad, así como también la ventana y patio contiguo, en los que la luz está superiormente interpretada. El cuadro de que hablamos es la primera obra formal del señor Mestres, que inaugura así brillantemente su carrera artística, empezándola por donde concluyen artistas de mucho talento.»

UN COLOQUIO, cuadro de Mauricio Leloir

En realidad no debiera darse tal título á este cuadro, porque el coloquio supone por lo menos dos interlocutores, mientras que en él parece llevar única y exclusivamente la palabra el solícito veterano, cuyas frases no deben hacer gran mella en el ánimo de su compañera á juzgar por el desvío y hasta aburrimiento que expresa toda su actitud. Coloquios como el presente son los más á propósito para desanimar al más empedernido amador, aunque este amador sea un militar avezado á ser constante y tenaz en toda clase de asedios.

El cuadro de Leloir ha merecido el aplauso de los inteligentes por la expresiva naturalidad de sus dos figuras, así como por la irreprochable verdad de los trajes, propios hasta en sus menores detalles de la época en que el autor supone la escena, y en tales conceptos creemos oportuno ofrecerlo á la contemplación de nuestros favorecedores.

LOS PINTORES NÓMADAS

Uno de los hechos más curiosos, que registra la historia de la pintura holandesa en el siglo XVII, es la existencia en Italia de una colonia de artistas, procedentes de las orillas del Meuse y del Escalda, que semejantes á verdaderos bohemios, recorrían el país sin rumbo determinado, empleando su talento, ya en reproducir con diestro pincel las diversas escenas y paisajes que encontraban á su paso, ya en llevar á cabo las hazañas más truhanescas que pudieran imaginarse, en granjas, tabernas y mesones.

De vez en cuando la banda se dirigía hacia Roma, y establecía sus reales, en alguna *trattoria* conocida de la gente de buen humor, que acudía gustosa á fraternizar con aquellos extranjeros, tan corrientes y tan amigos de los *ravioli*, y el *Lacrima Cristi*. Llegado el momento de emprender sus trabajos, los holandeses encaminaban sus pasos, no hacia los puntos de la Ciudad Eterna famosos por sus monumentos; no hacia las iglesias y monasterios, rico tesoro de las mejores producciones del arte italiano; no hacia los palacios de los potentados y los príncipes, que encerraban en sus galerías maravillas de todo género, no; los pintores nómadas buscaban algún rincón agreste y pintoresco de la campiña romana; un prado donde pacían algunas cabras; un charco medio oculto entre juncos y espadañas, abrevadero de vacas y acémilas; una choza adosada á un ribazo y rodeada de matorrales. La naturaleza en una palabra, éste era el objetivo de aquellos artistas, que por ella, y por admirarla y reproducirla en las diversas y encantadoras fases que presenta bajo el ardiente sol italiano, cabe las pintorescas riberas del Pó, las risueñas del Arno ó las majestuosas del Tíber, habían abandonado las pantanosas llanuras de su patria, sin más equipaje que su entusiasmo y los útiles de la profesión. Por esta causa los artistas de que tratamos, preferían por ejemplo, el estudio de un grupo de árboles iluminados por el sol naciente, al del Apolo del Belvedere; y se entusiasmaban reproduciendo los mendigos romanos y los *lazzaroni* napolitanos, tan típicos en sus fisonomías y tan ricos en harapos pintorescos, mientras veían indiferentes las Logias del Vaticano y los frescos de la Capilla Sixtina.

Eran pues los artistas nómadas, pintores realistas, entusiastas de la naturaleza, para la que guardaban toda su admiración siguiendo la tradición constante de las escuelas de los Países Bajos poco propensas á divagar por las esferas del idealismo. Así no es de extrañar que la pintura de escenas populares y de paisajes tomados del natural, fuese desdeñosamente mirada por los artistas entonces más en moda, tales como el Albano, Furini, Josepino etc. que vivían en una atmósfera viciada de rafaelismo anémico, cuando no de afectación insípida precursora de la terrible decadencia del siglo XVIII.

El pueblo italiano, influído por el arte clásico, que por todas partes le rodeaba, y que ya en siglos anteriores le había hecho despreciar el arte ojival, tampoco hacía gran estima de aquellos cuadros á los que bautizó con el título de *bambochadas*; ya quisiera significar con ello que no merecían más consideración que el de simples *bamboccios*, ó monigotes, ya fuera porque el jefe de los neerlandeses llevaba este mote, gracias á su grotesca figura, que era juzgada por tan ridícula como sus obras.

Hora es ya de que dejando las apreciaciones críticas sobre el género de obras realizadas por los pintores nómadas, dediquemos varios párrafos á describir la especial existencia que les valió aquel epíteto, y demos á conocer algunos de los personajes más típicos de la errante cofradía.

Según los datos que nos suministran escritores contemporáneos, y de tiempos posteriores, la compañía ambulante de artistas que nos ocupa, no era muy numerosa y pocas veces se encontraba reunida. Sus individuos recorrían la Italia en todas direcciones, provistos de los útiles necesarios para su trabajo, sentando sus reales en los sitios que llamaban su atención, especialmente en las cercanías de ciudades de alguna importancia. En este caso instalados en una casa de campo, posada ó albergue de cualquier género, trasladaban al lienzo las escenas ó paisajes que más les agradaban y que luego vendían á módico precio, entre los aficionados que atraídos por la voz pública acudían á ver trabajar á aquellos vagabundos. El dinero adquirido de tal suerte, gastábase alegremente en la taberna más inmediata, y en ella el artista triscaba con las campesinas y los pastores que tal vez momentos antes le habían servido de modelos. Como suele suceder á menudo en Italia, á los brindis seguía la música y si la ocasión era á propósito el baile; la escena se animaba, la algazara y el bullicio llegaban á su apogeo y entonces el promovedor de tal reunión, sacaba los lápices y enriquecía su cartera con preciosos apuntes, que guardaba cuidadosamente como base de sus futuros cuadros. Cuéntase que solía acontecer, sobre todo cuando eran varios los artistas que viajaban de tal modo, que estas francachelas degeneraban en verdaderas orgías, y hasta asegura un escritor, que se dió el caso de que los flemáticos holandeses, excitados por el abuso de los vinos del país, é instigados por Pedro Bamboche, arrojaban al Tíber á cierta autoridad que les recordó las prohibiciones vigentes en los Estados Pontificios sobre el uso de la carne en determinados días del año: pero esto si no es una anécdota apócrifa, no pasa de ser un hecho aislado, y todos los historiadores de Bellas-Artes que han tratado de estos personajes convienen en que si bien su conducta era bastante desordenada, viviendo como verdaderos bohemios vagabundos, alegres y bromistas, nunca fué temible su encuentro ni deshonraron con actos criminales el buen nombre de que siempre han disfrutado los habitantes de los Países Bajos

Al frente de esta sociedad merecía figurar como fundador y figuraba en efecto por su talento y excentricidad de carácter, el famoso Pedro de Laer, denominado el *Bamboche*, nacido en 1613 en una aldehuela de Holanda cuyo nombre usaba á guisa de apellido.

Era Pedro en lo físico el tipo más extravagante que darse pueda, pues dotado de unas piernas excesivamente largas, su cuerpo no llegaba al volumen ordinario en el hombre, y en cambio la cabeza tenía un tamaño desmesuradamente grande. Estas imperfecciones no le quitaban el buen humor; al contrario, Laer, que tocaba el violín á las mil maravillas, no perdonaba fiesta popular en que lucir su habilidad musical con gran contentamiento de la plebe que celebraba sus dichos y agudezas.

Discípulo en su patria de un tal Juan del Campo, artista desconocido, cuyo nombre parece indicar un origen español, Pedro de Laer permaneció largo tiempo en Italia, y sólo cuando las enfermedades que acompañan á la vejez le advirtieron que era ya tiempo de dejar la vida de aventuras, fué cuando regresó á Harlem para concluir sus días en la casa de su hermano en 1673.

La manera de pintar de Bamboche, era bastante original, pues necesitaba antes pasar largo rato meditando y tocando el violín, pero una vez concebida la idea, cogía los pinceles y con extraordinaria rapidez concluía una de sus preciosas bambochadas representando escenas de ferias, mercados y tabernas, bailes y bodas de gentes de baja condición; ataques de bandidos etc., etc., todo ello bien compuesto y pintado con un color cálido y luminoso, realzado por un toque franco; cualidades que hacen estimadísimas sus obras entre los inteligentes.

Refieren los biógrafos infinidad de historietas referentes á Laer, que demuestran que si bien era excelente artista, era al propio tiempo hombre de poca formalidad y amante sobre todo de bromas y algazaras, motivo por el cual se le consideraba en Roma, como digno jefe de los pintores aventureros.

Indudablemente esta existencia tan singular y azarosa debía ofrecer grandes encantos para aquellos hombres y buena prueba de ello nos ofrece la historia de Karel Dujardin, conocido entre sus compañeros de profesión con el mote de *Barba de chivo*.

Dujardin, natural de Amsterdam en cuya ciudad vió la luz en 1635, fué á Italia en juvenil edad á completar sus estudios. En Roma encontróse con sus paisanos, y pronto su carácter franco y abierto, le granjeó un lugar distinguido entre ellos. Aúnque su pincel le proporcionaba bastantes recursos, gastaba tan desordenadamente, que el número de sus acreedores llegó á ser formidable, y para escapar á su persecución, decidió regresar á su patria efectuando el viaje como verdadero artista nómada. En efecto pintando paisajes unas veces y otras retratando á los labriegos, posaderos y alguno que otro hidalgo de lugar, llegó hasta los alrededores de Lión. Su estrella le condujo á la hostería de Mad. Baucis, viuda de edad madura y que aun conservaba algún resto de su pasada belleza, la cual recibió al pintor con singular amabilidad. Dujardin encantado de tan buena acogida, no sólo disfrutó por bastante tiempo de las delicias de la bien provista bodega de Mad. Baucis y de los primores culinarios de su cocinera, sino que alentado por la bondad de la viuda pidióle una fuerte suma que le fué entregada desde luego. Todo marchaba á las mil maravillas y Karel apenas se acordaba ya del objetivo de su viaje, cuando una mañana presentóle un curial la cuenta de los gastos causados en la hostería, que arrojaba una suma capaz de infundir pavor al artista más esforzado, y como si esto no fuese bastante le exigió además la devolución de la cantidad prestada por Mad. Baucis. Dujardin anonadado por tal petición ofreció, según costumbre, saldar el débito con su pincel, mas la taimada viuda negóse á admitir tales proposiciones. Protestó el holandés de su pobreza, y prometió pagar dentro de breve plazo; Mad. Baucis fué inexorable, é insistió en la inmediata satisfacción de la deuda; ó de lo contrario avisó al pintor que se dispusiera á ser encerrado en la cárcel hasta que cumpliera su obligación, lo cual equivalía casi á ser condenado á prisión perpetua. Juraba y perjuraba el pobre Barba de chivo al verse cogido en aquel lazo, y sabe Dios cómo hubiera terminado el lance, cuando de pronto la viuda le hizo una proposición que le dejó estupefacto. Mad. Baucis á cambio del perdón de la deuda le brindó su mano, y con ella toda su fortuna que ascendía á una cantidad respetable. Comprendió Dujardin las tristes consecuencias que para él tendría una negativa y aceptó la oferta poniendo por únicas condiciones las de que la posada sería vendida y el matrimonio trasladaría su residencia á Holanda. Accedió á ello de buen grado la astuta mujer, y por fin pudo Karel continuar su viaje hacia la patria, pero no ya solo, despeado, harapiento y con la caja de pinturas al hombro, sino sobre buena cabalgadura, seguido de regular equipaje, y llevando á la grupa á su esposa radiante de satisfacción.

En Amsterdam establecióse el matrimonio en una bonita casa á orillas de un canal y por algún tiempo pareció que Barba de chivo había olvidado por completo á las buenas mozas trasteverinas, y á los camaradas, con los que había corrido tantas aventuras. Pero un día que Karel se hallaba á la puerta de su casa, acertó á pasar por el canal un barco que conducía un viajero. Era este un compinche de Dujardin llamado Reinst que partía para Italia. Al oir pronunciar este nombre el marido de la ex-posadera, no pudo contener los impulsos de su corazón, y en zapatillas y sin más equipaje que una bolsa bien provista que por casualidad llevaba encima se trasladó al barco, y pocos momentos después los dos amigos perdían de vista la morada del pintor. En vano su desolada esposa le buscó por todas partes, Karel la había abandonado para siempre.

Llegado á Roma, Bamboche que en su calidad de presidente tenía la misión de reunir á los errantes miembros de la corporación, convocó á los compatriotas para celebrar la vuelta al redil de aquella oveja descarriada y tantos excesos se cometieron con tal motivo que Karel contrajo una enfermedad, que andando el tiempo le ocasionó la muerte en Venecia.

Análogas aventuras pudiéramos referir de otros pintores nómadas, mas para nuestro objeto basta con lo dicho, pues por ello puede comprenderse la original manera de ser de los personajes que nos ocupan.

La estancia en Italia de los pintores neerlandeses, de género, no dejó de tener bastante influencia en el terreno pictórico, pues al terminar el siglo XVII, cuando Flandes y Holanda dejaron de tener importancia en el mundo del arte y la decadencia comenzó á hacerse general, un grupo bastante numeroso de artistas italianos se dedicó á cultivar con éxito aquellas bambochadas, que tanto habían despreciado pocos años antes y que no eran otra cosa que el germen de la pintura impresionista de nuestros días.

Juzgados imparcialmente los cuadros de aquellos aventureros sin llegar á la altura de los de Hobbema, Ruysdael, Poter y Van Ostade, constituyen á pesar de ello una de las páginas brillantes de la pintura holandesa; Pedro de Laer, Karel Dujardin, Berghem, A. Both, Swanevelt, Pinacker, Glauber, etc., ocupan un lugar distinguido entre los buenos pintores; y los amantes de lo bello se disputan hoy á fuerza de oro aquellos lienzos vendidos en vida de sus autores por unos cuantos escudos; porque sin dejar de reconocer que el grande arte representado por genios como Miguel Ángel, Rafael, Ticiano y Leonardo de Vinci, es digno de ocupar el primer puesto en el mundo pictórico, no cabe negar sin notoria injusticia, que la pintura de género, cuando llena las condiciones exigidas por una estética racional, y es expresión de las bellezas que encierran la naturaleza y la humanidad, es digna de figurar al lado de la que tiene como objeto principal materializar la belleza de las ideas, sentida por la fantasía artística.

A. DANVILA JALDERO.

LOS DOS HERMANOS

(Conclusión)

En casa era yo el Benjamín de mi tía, el predilecto de mi padre, el favorito de los antiguos criados, el amo para los jornaleros y mozos de labranza delante de los cuales dábame cierto aire de autoridad que de fijo no dejaría de ser ridícula.

Gregorio contaba tres años más que yo, y tía Fanny mostrábase con él bondadosa así en sus palabras como en sus actos, pero la costumbre por ella adquirida durante los primeros años de mi vida, de no pensar más que en mí y de subordinarlo todo á mi interés, no le dejaba apenas tiempo de ocuparse de mi hermano. En cuanto á mi padre nunca logró vencer la aversión que sentía hacia el niño, que aunque inocentemente, le disputara el corazón de mi madre y aun tengo motivos para creer que le hacía sin razón responsable de la prematura muerte de su esposa y de la debilidad corporal de mis primeros años: de aquí que en vez de combatir la antipatía que le dominaba, considerara como un deber – por injusto que esto parezca – fomentarla. Esto no obstante, por nada del mundo hubiera Guillermo Preston negado á su hijastro cuanto necesitara y cuanto con dinero pudiera adquirirse, pues esto constituía una cláusula por él aceptada al contraer matrimonio, y era él hombre demasiado honrado para faltar á la palabra empeñada.

Era Gregorio un muchacho torpe, tímido y desgraciado en todo cuanto emprendía: bastaba que se ocupara en una cosa para que esta saliera al revés, y cuando tal sucedía ¡qué de reprensiones, qué de amargos sarcasmos le enderezaban las gentes de la granja, sin esperar á que mi padre volviera la espalda para molestarle y amenazarle! El rubor de la vergüenza empaña mis mejillas siempre que recuerdo que sobrado dispuesto á identificarme con el espíritu que en la casa reinaba, no sentía el menor escrúpulo en tratar con altanería á mi pobre hermano huérfano. Es verdad que nunca le rechacé de mi lado y que jamás me permití poner la mano sobre él, pero la costumbre de ser tratado con toda suerte de preferencias hacíame insolente y me llevaba á veces á exigir de Gregorio más de lo que éste buenamente podía darme: es más, sus negativas me irritaban de tal suerte que no vacilaba en repetir las expresiones de desprecio que oía á los demás lanzar sobre él y cuyo alcance no comprendía por completo. ¿Lo comprendería él mejor que yo? Temo que sí, porque en tales ocasiones quedábase sombrío y silencioso. Entonces mi padre le tachaba de solapado y testarudo, mientras mi tía Fanny creyendo defenderle achacábalo todo no á malicia sino á tontería. A fuerza de oirse llamar obstinado y malicioso acabó Gregorio por serlo en efecto: durante horas enteras se le veía sentado junto al hogar con la cabeza entre las manos, ajeno á cuanto á su lado sucedía, sin despegar los labios ni levantar los ojos que tenía constantemente fijos en el suelo. Si estando así se le antojaba á mi padre darle alguna orden, fuerza le era repetirla tres ó cuatro veces.

Lo que acontecía antes en casa sucedió después en la escuela á que juntos concurríamos: nunca pudo conseguirse de Gregorio que aprendiese una lección, hasta el punto de que el maestro, harto ya de reñirle inútilmente y de pegarle sin obtener enmienda, aconsejó á mi padre que lo sacara de las aulas y le dedicara á un oficio manual al alcance de su limitada inteligencia. Este nuevo golpe volvió á Gregorio más taciturno y más torpe todavía de lo que era. Y sin embargo no había malicia en él: paciente y servicial en extremo, hubiera cogido el cielo con las manos por complacer al mismo que minutos antes le maltratara, pero era tan poco mañoso y tan mala suerte le acompañaba en todo lo que emprendía, que pocas veces dejaban de resultar perjudiciales sus mismos esfuerzos por hacerse útil.

A lo que parece, era yo un estudiante inteligente; por lo menos todo eran para mí estímulos y felicitaciones y aun el dómine de nuestro pueblo pretendía que de mi madera se hacían los sabios, pero mi padre, que sólo había recibido una instrucción elemental, creía innecesaria mayor ciencia y poniendo en práctica sus teorías sobre el particular, sacóme de la escuela prematuramente y me dedicó á las labores de la granja.

Habíase pensado en hacer á Gregorio pastor y para adiestrarle en el oficio pusiéronle bajo la dirección del viejo Tobías á quien sus muchos años empezaban ya á debilitar la actividad. Tobías fué el primero en formar buen concepto de Gregorio y aseguraba á cuantos querían oirle que el muchacho tenía su lado bueno algo velado por la rudeza de su exterior y que nadie le aventajaba en toda la parroquia en encontrar los senderos y atajos de las montañas en medio de las más espesas brumas. En vano trataba mi padre de arrancar de Tobías quejas acerca de la tontería y obstinación de Gregorio; el anciano pastor no se dejaba nunca coger en el lazo y en cuanto comprendía á dónde iba á parar su amo redoblaba sus alabanzas en loor del huérfano.

Tenía yo diez y seis años y contaba por consiguiente Gregorio diez y nueve cuando, cierto día de invierno, me envió mi padre á una aldea vecina para arreglar un asunto: distaba ésta cuatro leguas de nuestra granja siguiendo la carretera real, pero tomando el atajo que cruzaba por la montaña podía ahorrarse una hora larga de camino. «Ve por el camino que quieras, – díjome mi padre, – pero vuelve por la carretera, pues en este tiempo oscurece más de prisa de lo que uno cree y además levántanse á menudo densas nieblas.» A esta advertencia de mi padre añadió el viejo Tobías, á quien una parálisis tenía postrado en el lecho, la profecía de que amenazaba una tormenta.

No tardé mucho en llegar á mi destino y tanta prisa me dí en arreglar mis asuntos que acabé mi trabajo una hora antes de lo que había supuesto mi padre; y creyéndome, por lo mismo, dueño de escoger el camino que más me pluguiera, eché por los senderos de la montaña cuando empezaba á declinar la tarde. El cielo estaba cargado de nubes y sombrío, pero como el viento no se dejaba sentir todavía, reinaba á mi alrededor profundo silencio. Convencido de que la tempestad que se preparaba me dejaría tiempo antes de que estallara de llegar á mi casa, púseme en marcha caminando á buen paso. En pleno día la dirección del camino aparecía perfectamente distinta, pues aunque en muchos puntos varios senderos muy parecidos iban á parar á un mismo sitio, no faltaba una roca, un macizo de árboles ó un declive del terreno conocidos que permitieran orientarse; pero cerrada la noche y aquella había venido prematuramente, hacíase imposible distinguir tales objetos. Esto no obstante, arméme de valor y en la primer encrucijada que encontré seguí por el sendero que yo creía bueno; pero no tardé en ver que me había equivocado cuando me ví en un sitio sin árboles, pantanoso, solitario, agreste á donde parecía no haber llegado nunca un ser viviente á turbar el silencio que reinaba en este terrible desierto. Traté de dar voces con la esperanza de ser oído ó quizás mejor para tranquilizarme con el sonido de mi propia voz, pero ésta, al resonar en medio de aquellas soledades y tinieblas, no hizo más que aumentar mi espanto. De repente sentí caer sobre mi rostro y sobre mis manos abundantes copos de nieve; entonces acabé de desorientarme por completo y ni siquiera logré dar con el sendero que allí me había conducido desapareciendo con ello hasta la esperanza de volver á mi punto de partida. La nieve caía cada vez más espesa y más rápidamente y las tinieblas adquirían tal densidad que parecía que con la mano podía tocárselas. El pantanoso suelo que pisaba se hundía bajo mis pies apenas me quedaba inmóvil: avanzar hubiera sido exponerme á mayores peligros. Mi temeridad juvenil me abandonó y sentí que el llanto iba á asomar á mis ojos: un sentimiento de vergüenza contuvo mis lágrimas y para evitarlas púseme á gritar con todas mis fuerzas, ¡gritos terribles, llenos de angustia, pues aquel trance era para mí de vida ó muerte! Por un instante contuve hasta el aliento con la esperanza de oir algo que á mis voces respondiera, pero ¡nada, nada más que el eco reproduciendo mis gritos; nada más que la despiadada nieve cada vez más abundante! Sentíme dominado por una mortal languidez, por un sueño invencible y sin embargo traté aun de seguir avanzando, aunque sin arriesgarme demasiado lejos por miedo á los precipicios tan frecuentes en aquella parte de las montañas. De cuando en cuando me detenía y lanzaba un nuevo grito ahogado por las lágrimas que me arrancaba la idea de la muerte terrible y solitaria que me amenazaba. Mi familia reunida alrededor del hogar ¡cuán lejos debía estar de imaginarse el peligro que en aquel momento yo corría! ¡De cuánto luto llenaría mi muerte el corazón de mi pobre padre! ¡Y tía Fanny! ¡Qué triste recompensa de los cuidados que me había prodigado! Toda mi vida se me representaba como vago y conmovedor ensueño; las diversas escenas de mis años juveniles desfilaban ante mis ojos arrasados en llanto como vagas y dulces visiones. En el último transporte de desesperación producido por todos estos recuerdos de mi corta existencia, reuní todas las fuerzas que me quedaban para articular un último grito prolongado, dolorido, desesperado. No esperaba más respuesta que la que me devolvieran con débil acento los ecos del monte, pero ¡cuál no sería mi asombro al oir otro grito también prolongado, dolorido y salvaje, tan salvaje que apoderándose de mí un terror supersticioso creí haber oído la voz de uno de esos genios maléficos de la montaña de los cuales tantas cosas fabulosas había escuchado contar en las veladas de invierno cabe el hogar de la granja! Mi corazón, sin embargo, volvió á latir fuerte y precipitadamente y por espacio de uno ó dos minutos me fué imposible seguir gritando, pues el terror ahogaba los sonidos en mi garganta. Entonces oí los ladridos de un perro. ¡Dios eterno! ¿sería, por ventura, el ladrido de Finette, la perra de mi pobre hermano, animal feo al que mi padre largaba un puntapié cada vez que á su lado lo encontraba para demostrarle el aborrecimiento que por él sentía tanto á causa de sus defectos, cuanto porque pertenecía á Gregorio? Cuando tal sucedía, éste llamaba silbando á su perra y con ella iba á sentarse en el campo. En una ó dos ocasiones en que el puntapié, más fuerte que de costumbre, había arrancado al pobre animal un prolongado y triste aullido, mi padre, avergonzado de su propia brutalidad, había desahogado su mal humor en Gregorio echándole en cara su torpeza por no saber adiestrar ni siquiera á un perro y diciéndole que su estúpida costumbre de permitirle que se tendiera sobre el fogón de la cocina sería causa algún día de que se perdiera sin remedio el mejor perro de la cristiandad. A todo esto nada respondía Gregorio: su mirada vaga se perdía en el espacio y ajeno á cuanto le decían quedaba sumido en taciturno silencio.

¡Otra vez, otra vez el ladrido! Sí, era la voz de Finette, no cabía duda. ¡Ahora ó nunca! Hice un esfuerzo supremo y con toda la fuerza de mis pulmones grité: «¡Finette, aquí; Finette aquí, por amor de Dios!» No habían transcurrido diez segundos cuando el pobre animal se encontraba ya á mi lado, restregando contra mis piernas su hocico blanco y caliente, corriendo y saltando á mi alrededor, levantando de cuando en cuando la cabeza para fijar en mí los ojos inteligentes y espantados como si temiera ser recibida á golpes. ¡Oh, nada temas, pobre animal! Llorando de alegría caí de rodillas para acariciar á Finette; mi espíritu embotado y debilitado como mi cuerpo no se hallaba en estado de raciocinar, pero el instinto me decía que el auxilio se acercaba y en efecto una forma humana, al principio confusa, se destacaba cada vez más clara al través de la densa niebla.

Era Gregorio envuelto en su manta de pastor. ¡Gregorio! exclamé y le abracé con efusión sin poder articular una palabra más. Después de unos momentos de silencio me exhortó á que reuniera todas mis fuerzas para emprender la marcha de la que, según él, dependía nuestra vida. Era preciso, á ser posible, encontrar el camino de la granja, pero de todos modos hacíase necesario ponernos en movimiento para no quedarnos helados.

– ¡Qué! ¿tampoco tú sabes el camino? exclamé.

– Creía saberlo cuando salí de casa, pero ahora temo haberme extraviado: la nieve me ciega y me parece haber perdido el sendero que conduce á la granja.

Llevaba en la mano su bastón con punta de hierro del que se servía para sondear el terreno, de modo que apretados el uno al otro podíamos ir avanzando sin gran peligro. Por otra parte, convencido de que dada nuestra crítica situación nadie mejor podía servirnos de guía que el buen instinto de Finette, abandonóse por completo á la dirección de esta, pero la oscuridad era tan grande que no nos dejaba ver á un palmo de distancia, así es que Gregorio se veía obligado á llamar continuamente á su perro para ver qué dirección tomaba para volver á nosotros y encaminar nuestros pasos por este lado. La lentitud con que caminábamos helaba mi sangre: todas las fibras, todos los músculos de mi cuerpo se ponían en tensión dolorosa, se hinchaban luego y acababan por paralizarse. Mi hermano, acostumbrado á vivir en la montaña, resistía el frío mejor que yo y sólo despegaba los labios para llamar á Finette: en cuanto á mí á pesar de que quería aparentar entereza y de que no exhalaba la menor queja, sentíame dominado por un sueño mortal que como losa de plomo se dejaba sentir sobre todos mis miembros.

– ¡No puedo más! – dije con voz apagada á mi hermano.

Y recuerdo que rebelándome contra lo que entonces se me antojaba inaudita barbarie, declaré resueltamente que quería dormir aunque no fuera más que cinco minutos; y en realidad érame preciso dormir aun á costa de mi vida.

Gregorio se detuvo: sin duda reconocía en mí esta fase del sufrimiento que produce la intensidad del frío.

– En efecto, seria inútil seguir adelante, – dijo como si hablara consigo mismo: – tan lejos estamos de casa ahora como cuando empezamos á andar; nuestra única esperanza de salvación está en Finette. ¡Ea, muchacho! envuélvete en esta manta y acuéstate al abrigo de esta roca por donde no sopla el viento: voy á echarme á tu lado y á procurar hacerle entrar en calor. Pero dime, antes de dormirte, ¿no tienes ningún objeto que en casa puedan reconocerte como tuyo?

Me molestaba lo que no es decible su insistencia en retardar el instante de entregarme á un sueño reparador, pero sus instancias eran tan vivas que maquinalmente saqué del bolsillo un pañuelo de muy vistoso dibujo que pocos días antes me bordara tía Fanny. Gregorio me lo arrancó de las manos y atándolo al cuello de Finette dijo á ésta:

– ¡Corre, Finette, corre á casa!



EN LA CAMPIÑA DE ROMA, cuadro de A. Braith

Y la perra dando un salto desapareció como una flecha.

¡Al fin podía acostarme! ¡Al fin me era dado dormir! En medio del invencible sopor que paralizaba mis movimientos, sentía vagamente como mi hermauo me abrigaba cuidadosamente ¿con qué? No lo sabía ni pretendía averiguarlo: mi aletargamiento y el egoísmo que en aquel momento me dominaba me impedían reflexionar y razonar, que á no ser por esto bien se me hubiera alcanzado que en aquel desierto no era posible aumentar mi abrigo sino despojándose Gregorio del que cubría sus ateridos miembros. Por fin sentí con placer que cesaba de arroparme y que se tendía á mi lado cogiéndome una mano entre las suyas, y diciéndome:

– Tú no puedes acordarte de ello porque eras demasiado pequeño, pero así era como estábamos al lado de nuestra pobre madre el día de su muerte; así puso tu diminuta manecita en la mía. Ahora nos ve y quizás muy pronto estaremos á su lado. En fin ¡hágase la voluntad de Dios!

– ¡Gregorio mío! – exclamé acercándome á él para calentar un poco mis miembros con el contacto del calor de los suyos. Mi pobre hermano siguió hablando siempre de nuestra madre hasta que rendido por el sueño dejé de percibir el eco de su dulce voz.

Un instante después (á mí me parecía un instante) despertóme el ruido de muchas voces: multitud de personas se agitaban á mi alrededor y por mis venas circulaba un calorcito delicioso: encontrábame en la granja, acostado en mi excelente cama. A Dios gracias la primera palabra que pronunciaron mis labios fué ¡Gregorio!

Los que me rodeaban cambiaron entre sí miradas extrañas y el rostro de mi padre se contrajo por efecto del esfuerzo que solía hacer cuando quería conservar en su rígida fisonomía su expresión de impasibilidad ordinaria: sus labios se estremecieron y en sus ojos ví asomar lágrimas que nunca había visto brillar en sus párpados.

– ¡Le hubiera dado la mitad de mi fortuna y le hubiera bendecido como á mi propio hijo! ¡Dios mío! Hubiérame prosternado á sus pies para pedirle perdón por la dureza con que siempre le había tratado!

Y no pude oir más; sentí invadido mi cerebro por un torbellino que parecía arrastrarme á la tumba.

Muchas semanas tardé en darme nuevamente cuenta de lo que á mi alrededor pasaba: mi padre había encanecido durante mi enfermedad y sus manos temblaban cada vez que fijaba en mí sus ojos.

Ni volvimos á hablar de Gregorio, ni era posible que lo hiciéramos después de todo lo ocurrido por más que su recuerdo estaba siempre fijo en la mente de todos. Finette iba de un lado á otro sin que nadie se atreviera á molestarla en lo más mínimo y cuando mi padre alargaba la mano para acariciarla el pobre animal asustado y equivocado acerca de la intención que ese movimiento suponía, se escapaba á todo correr y el pobre anciano aterrado por este involuntario reproche lanzaba un hondo suspiro y permanecía largo rato silencioso y taciturno.

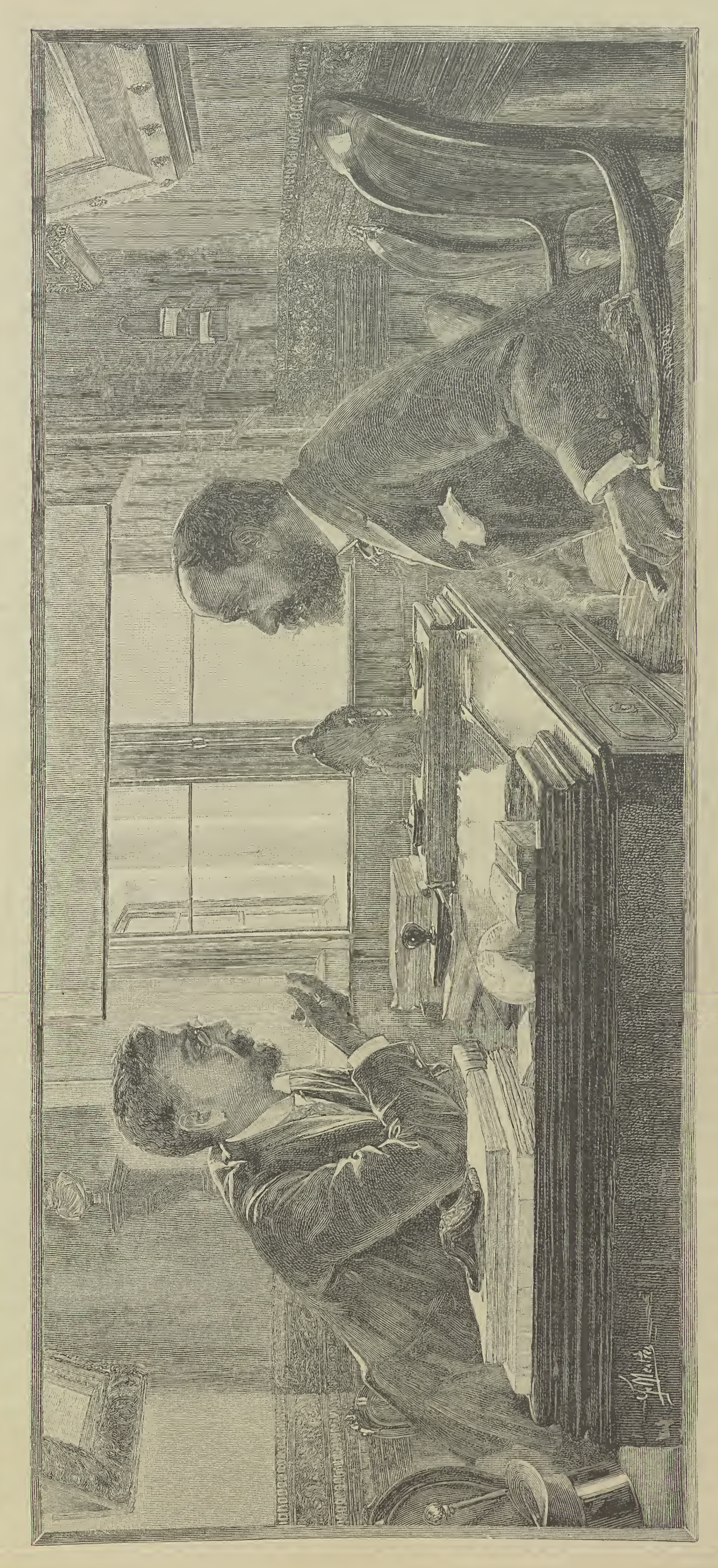
Tía Fanny, como siempre habladora, contóme la historia de aquella noche fatal. Mi padre exasperado por mi larga ausencia y quizás más angustiado de lo que quería aparentar, mostróse hacia Gregorio más imperioso y más duro que de costumbre, llegando hasta echarle en cara la pobreza de su padre y su propia torpeza que le hacía inepto para todo y le constituía en gravosa carga de los que le amparaban. Tanto y tanto le dijo que Gregorio se levantó y encaminó á la puerta después de haber silbado á la pobre Finette que permanecía acurrucada debajo de la silla de su amo por miedo de que el mal humor reinante se tradujera para ella en algún mal golpe. Un momento antes mi padre y mi tía habían cambiado algunas palabras sobre mi tardanza. Cuando esto me relataba decíame tía Fanny que más tarde se le había ocurrido que Gregorio, viendo que la tempestad amenazaba estallar de un momento á otro, había salido para ir á mi encuentro. Tres horas después, cuando mi prolongada ausencia había infundido terror y puesto en desorden á todos los de la casa, cuando todos se apresuraban á volar en mi auxilio sin saber hacia dónde buscarme y sin que nadie hubiese advertido la desaparición de Gregorio, ¡pobre, pobre hermano mío! presentóse de repente Finette mostrando el pañuelo que llevaba atado al cuello. Todo el mundo le reconoció y comprendiendo lo ocurrido las gentes de la granja salieron en mi busca llevando el uno unas parihuelas, el otro mantas, un tercero aguardiente y, en una palabra, todo cuanto en aquellos instantes se creyó que podía serme necesario. Púsose en marcha la comitiva y al fin me encontraron dormido y todavía vivo debajo de la roca donde me había colocado Gregorio y á donde el perro de éste condujo á mis salvadores. Estaba yo envuelto en la manta de mi hermano y cubría mis pies su tosco sayal de pastor, mientras él permanecía á mi lado en mangas de camisa, rodeando con uno de sus brazos mi cuello y estampada en su semblante una dulce sonrisa, una de las pocas que en él se habían dibujado durante el curso de su triste existencia.

Las últimas palabras que pronunció mi padre fueron:

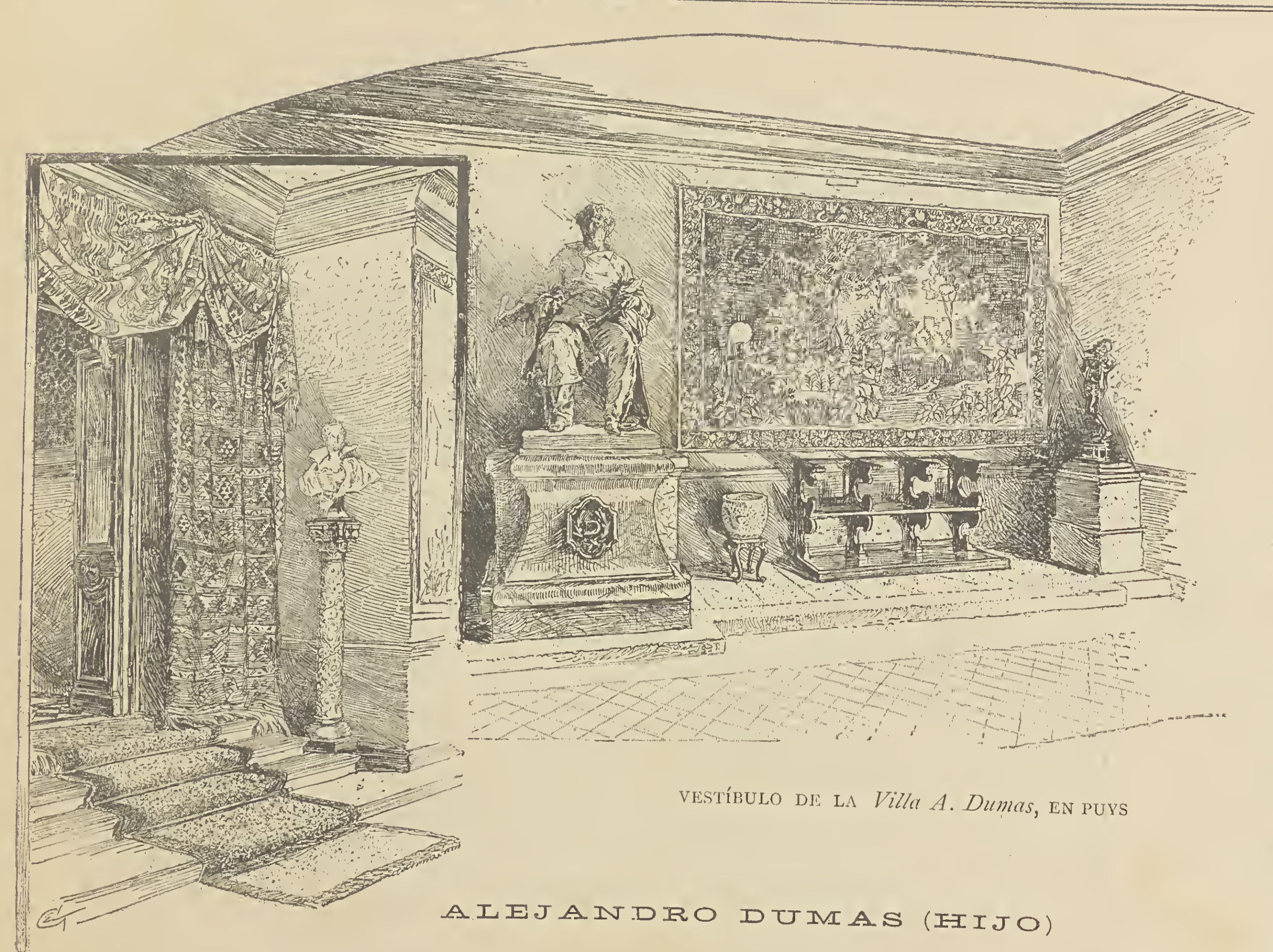
– ¡Que Dios perdone mi dureza de corazón para con el desdichado huérfano!

Pero una cosa demostró todavía mejor su arrepentimiento, si se tiene en cuenta la ardorosa pasión que por mi madre había sentido, y fué un pequeño escrito que después de su muerte hallamos en su pupitre; en él encargaba se le enterrara al pie de la tumba en que descansaba su esposa y que unos años antes había sido abierta para depositar en ella las cenizas del infortunado Gregorio.

M. A.



UNA CONSULTA, cuadro de F. Mestres (Exposición Parés)



VESTÍBULO DE LA *Villa A. Dumas*, EN PUYS

ALEJANDRO DUMAS (HIJO)

Voy á decir al parecer una atrocidad, pero no es sino muy cierto: Alejandro Dumas no es conocido. ¡No, el hombre (porque ya comprenderéis que hablo del hombre) no es conocido de la multitud, y todavía se le conoce mal generalmente; más aún, muchos que no lo han tratado ni siquiera visto, ó que lo han visto por casualidad, pero que no saben ellos ni yo porqué sienten particular fruición en juzgarlo duramente, acogen para propalarlas sin cosa de escrúpulo las estúpidas calumnias inspiradas por el odio, ó por la ingratitud, ó por la envidia, que forman su leyenda.

Verdad es que esta leyenda muy rara vez lo ha afectado; pero yo que varias ocasiones he podido ver el fondo del hombre; yo que amo y distingo á este hombre porque es bueno, generoso y sencillo, he sentido más de una vez enojo y despecho al oir que se le acusa ahora de orgulloso, ahora de avaro ó envidioso por personas que no lo han tratado ó que juzgan á su manera la independencia del corazón.

¡Ah! si Dumas quisiera vengarse ¡cuántos engreídos que le muerden y pretenden desgarrar su reputación con negra ingratitud, se verían obligados á meterse otra vez debajo de tierra! Por fortuna para ellos, Dumas tiene el desdén y la piedad de los fuertes.

Si se le mira y observa bien, se ve sin esfuerzo que toda su persona respira la fuerza y el sentimiento neto que obtiene de esta fuerza física y moral. Es uno de los pocos hombres que realizan á la moderna el antiguo ideal del *mens sana in corpore sano*: su estatura alta, recta, como inflexible, sus hombros amplios, sus maneras nobles. Su mirada es franca siempre directa; sus ojos de un color azul claro, azul de acero, espejo de un alma de temple excepcional. ¿Son estas maneras, esta mirada, y añado esa palabra brillante y fría, son estas cualidades las que han acreditado la leyenda de un Dumas orgulloso y malo? ¿Es acaso la aparente fiereza de su filosofía de las pasiones del amor? filosofía harto misericordiosa en *M. Alfonso* y en *Dionisia*, en las *Ideas de Madama Aubray* y en la *Dama de las Camelias;* implacable solamente cuando se trata de luchar contra el *Bruto*, por el amor verdadero, por la familia y por el honor.

Los que tienen el derecho de hablar de Dumas, sus allegados, sus familiares, os dirán todos como yo, que ese afortunado y glorioso hijo de un dramaturgo y novelista de genio, con quien siempre fué respetuoso y tierno, hasta cuando hubo de venir á ser en cierto modo el padre de aquel padre, es un hombre excelente, pero que desde muy temprano tuvo que prevenirse contra la necedad y la bajeza, hizo juramento de no ser nunca víctima de la una ni de la otra y se atrajo por esta noble y viril resolución el odio de muchos; odio tanto más violento, cuanto que siempre ha sido, es y será siempre estúpido é impotente.

«Nacido de un error,» sufrió mucho por este mismo error, como su Clemenceau, durante toda su infancia, que fué en el colegio de Próspero Goubau un continuo martirio. «Estuve para morir, escribe el mismo Dumas. No crecía, me aniquilaba. No tenía gusto para el estudio ni para el juego. Sólo me recogía, me replegaba en mí mismo, adquiriendo así el hábito de reflexión, de observación que había de aprovecharme y garantirme más tarde.»

Luego, el ejemplo de su padre, del buen coloso pródigo, que derramaba en una corte de malignos y sobre Dánaes de contrabando el oro que ganaba con un trabajo sin tregua; este ejemplo fué para él una enseñanza nueva y decisiva, que fortaleciendo sus nacientes facultades de observador, lo arma para las luchas de la vida de una voluntad firme y sagaz que andando el tiempo debía ser invencible.

Tuvo sin duda un período de abandono, de juventud hasta desordenada. «Después de haber sufrido tanto, dice el hombre ilustre, no pretendía más que divertirme en la misma proporción.»

Su padre, que apenas le llevaba veinte años de edad, hizo de él su compañero, y «henos ya de marcha, añade el autor de la *Mujer de Claudio*, tras los placeres del mundo, de todos los mundos.» Este período de su vida es aquel en que conoció y amó á la Dama de las Camelias, ó más exactamente á María Duplessis, porque la denominación de *Dama de las Camelias* es de invención del poeta.

También en aquel tiempo hubo de encontrar á la mujer de nombre misterioso, cuyo recuerdo vive para él en la *Diana de Lis*.

Y el Dumas de aquella época es el que su padre tuvo cuidado de representar en una página de un color maravilloso, mostrándolo á la vez, «activo y perezoso, goloso y sobrio, económico y pródigo, desconfiado y crédulo, cándido y pícaro, de palabra fría y de mano pronta; siempre dispuesto á robarme la caja, como Valerio, y á batirse por mí como el Cid Campeador. Por otra parte, posee el estro más espontáneo, más arrebatador y obstinado que he visto jamás fluir de los labios de un joven; estro que á la manera de una llama mal encerrada se escapa incesantemente así en la melancolía como en la agitación, en la calma como en el peligro, en las situaciones alegres como en las tristes. Fuera de esto, monta audazmente á caballo, maneja muy bien las armas, la espada, la pistola, la escopeta, y baila de una manera superior todas las danzas de carácter que se han introducido en Francia desde la muerte de la inglesa y la agonía de la gavota.»

Pero bajo estas frívolas apariencias, aquel Dumas ocultaba un hombre, que su padre no veía: el futuro autor del *Medio Mundo* y del *Hijo natural*, el moralista dramático, audaz, profundo, completamente original, que iba á renovar la escena y cuya obra es hoy á mi ver, bajo diferentes puntos de vista, la primera de la segunda mitad del siglo.

Divirtiéndose almacenaba lo que pretenciosamente han llamado *documentos humanos;* término de escuela que designa una cosa muy vieja, como quiera que en todos tiempos los maestros pintores de la naturaleza humana se han tomado el trabajo de observarla; sino que les parecía con razón que no valía la pena de que se hablara de ello. Observar antes de pintar; esto cae de su propio peso y no hay necesidad de decirlo.

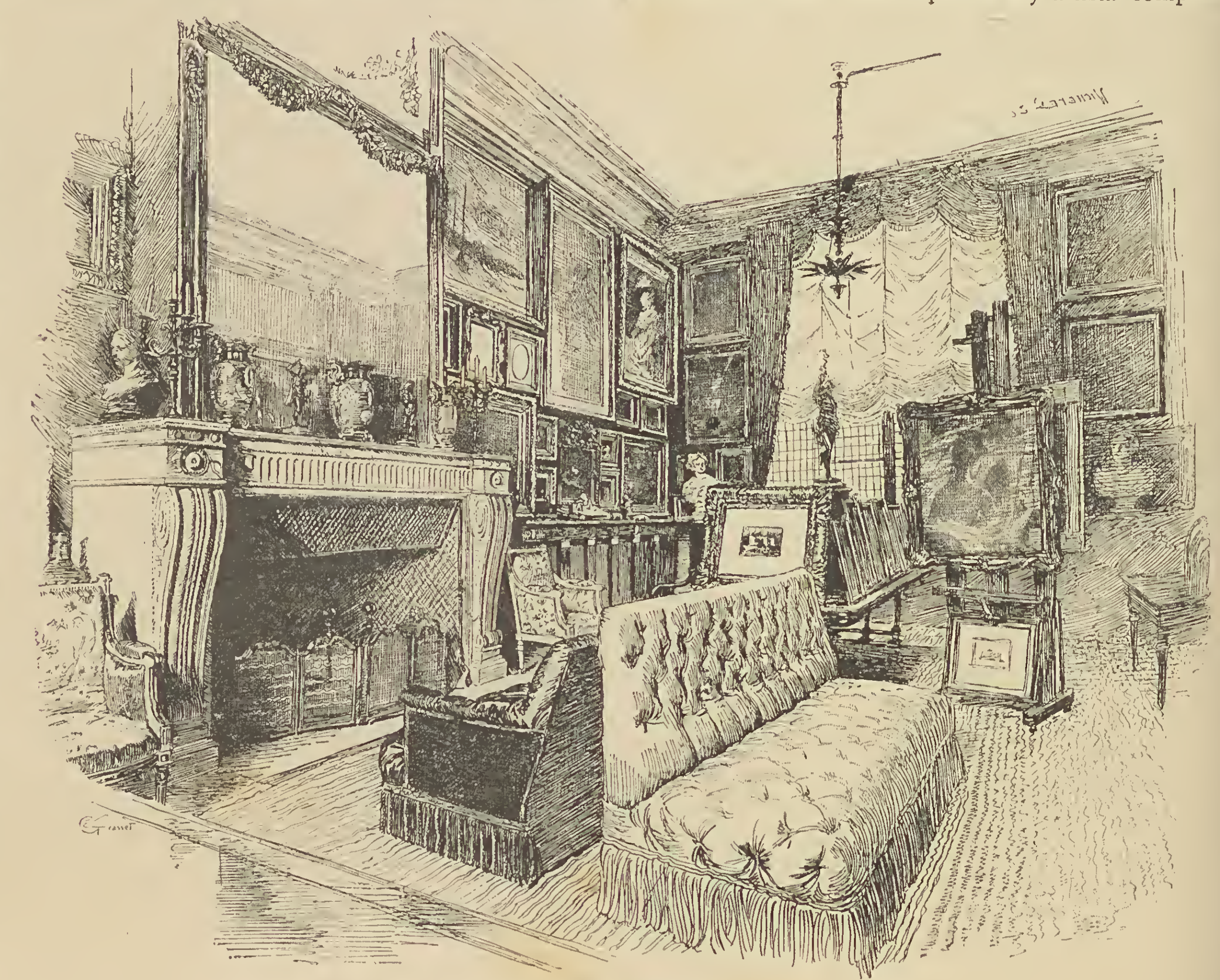
Ahora bien, el alegre y gentil mozo, que orgulloso del nombre de su padre y sin pensar todavía en ilustrar el suyo, paseaba en los gabinetes particulares y entre bastidores su cara de mosquetero; el Alejandro de María Duplessis y de Guimoud y de Adriani, se preparaba, sin pensar en ello, oyendo y mirando, á hacer entrar en nuestra literatura algunos *documentos* más; y no sólo sabía ya ver, oir y retener, sino que también sabía pensar, en busca de una solución para los problemas que hacía surgir en su inteligencia el estudio de la mujer en medios ó circunstancias diversas, y particularmente de la *prostituta*.

Un nuevo *yo* germinaba en él; el yo del confesor y director laico, á quien íbamos á ser deudores de un teatro enteramente nuevo, enteramente consagrado al estudio de las relaciones entre el hombre y la mujer; teatro igualmente nuevo por los procedimientos, que se anunció luego al punto con esa obra del genio de la *Dama de las Camelias*, como la revolución más fausta del siglo, bajo el punto de vista de la acción dramática.

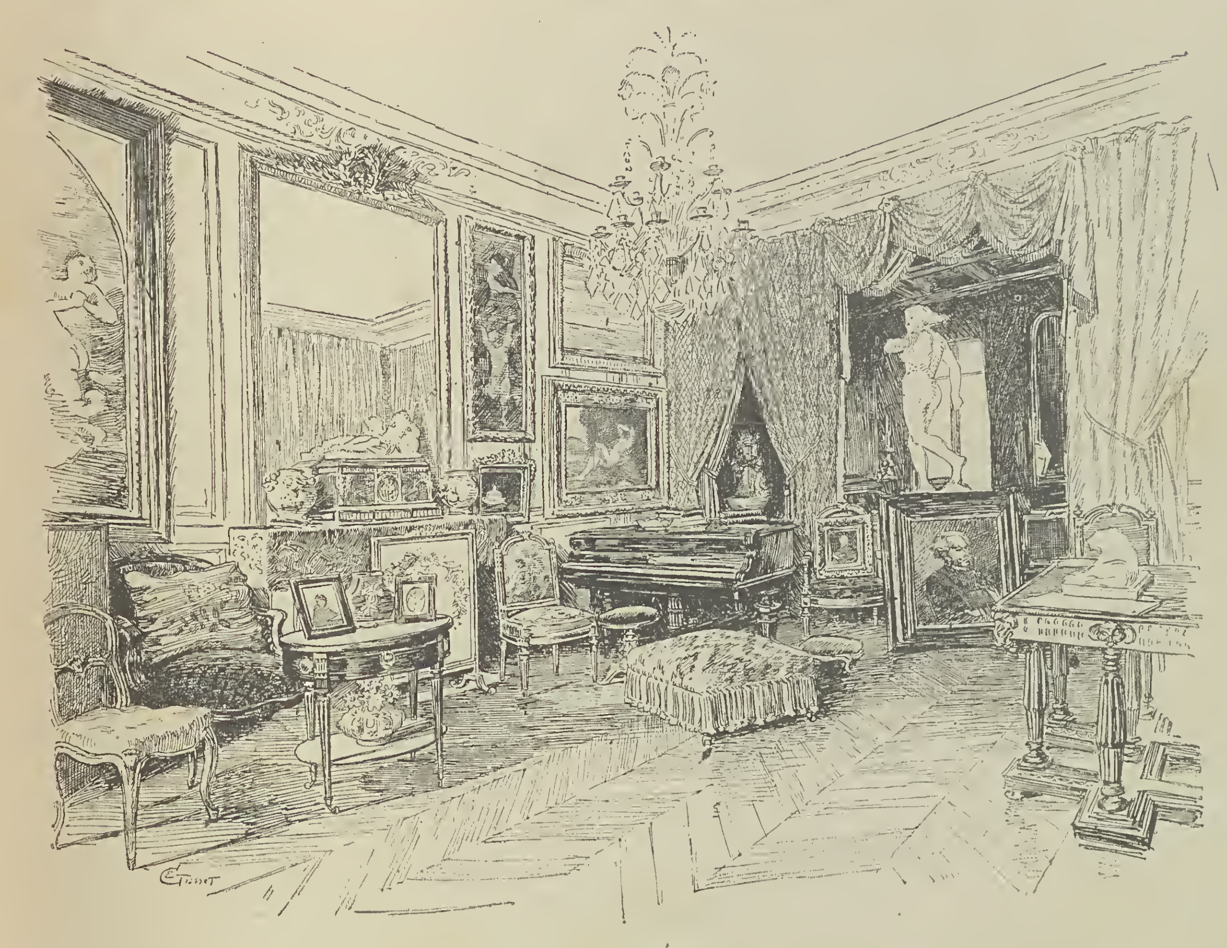
Creo haber probado en un estudio relativamente reciente, publicado por la *Nouvelle Revue*, que estimaba á Enrique Becque, y no he dejado de estimarlo. Nada ha podido debilitar mi admiración á los *Cuervos* y á la *Parisiense;* ni aun ciertos escritos en que el elogio continuo y por lo mismo abrumador, llega á la idolatría por su misma hipérbole.

Lo que me enoja es que se pretenda aparentar en estas páginas demasiado sonoras que se ignora la existencia de Alejandro Dumas, hijo.

El creador de la comedia seria contemporánea, el dramaturgo, que, sin imitar á nadie en un drama sin ejemplo, escribe á una edad en que no hay artista completa-



LA GALERÍA DE CUADROS



EL SALÓN

mente emancipado, mata á Scribe y con la mayor ingenuidad hace por su arte lo que Balzac había hecho por la novela; el admirable sicólogo del *Amigo de las Mujeres* y de una *Visita de Bodas;* ese hombre ilustre vive por su propio derecho. No se intenta rebajarlo, porque sería preciso nombrarlo, y se toma el partido de pasar en silencio su nombre, que como saben todos es de mediana importancia.

Treinta años hace, y aun algo más, que se habla de Dumas, hijo, y yo no creo que haya llegado, ni aun que se acerque siquiera, la hora del justo olvido prometido á su obra por algunos *jóvenes*, que secretamente lo admiran acaso.

El fué, recordadlo bien, él fué quien puso á Emilio Augier en la vía que buscaba hacía ocho años. Emilio Augier hacía piezas en verso, divagando de imitación en imitación, medio romántico, medio clásico, nueva esperanza de la escuela del Buen Sentido. Era neo-griego, arcadio y notario, con mucho talento; pero ¿se hubiera podido sospechar que iría de la *Cigüe*, ó del *Joueur de Flûte* á piezas comparables, ya al *Mariage d'Olimpe*, ya á los *Lionnes pauvres*? Sin duda hubiera acabado por desembarazarse y corregirse; pero Dumas fué quien de una vez lo reveló á sí mismo.

No llega uno á hacerse autor dramático; el autor dramático nace. Buena prueba es de esta verdad Jorge Sand, que estimó tanto á Dumas, porque en él encontraba en un grado maravilloso estas aptitudes naturales, estas dotes que no se adquieren: la ciencia del relieve, el instinto de la perspectiva, en fin la fuerza. Llamábalo *querido hijo;* y como Dumas merecía su admiración, le pagó su cariño ayudando, favoreciendo su genio, demasiado sencillo ordinariamente para el teatro, á conocer en fin en él la alegría de un triunfo.

Algún día diré la verdad completa sobre el *Marqués de Villemer;* verdad que hace honor así al *hijo querido* como á su *buena madre*. La gratitud del uno fué efectivamente igual al absoluto desinterés de la otra.

Esto me trae de la mano á mi comienzo, y por terminar como empecé, tomo del mismo Jorge Sand estas líneas, de las que no es más que una paráfrasis mi principio.

«Adoro á las personas rectas, tranquilas, serenas y fuertes que tienen la inteligencia en perfecta armonía con su organización. Pero es cosa muy rara.»

Y esto es lo que yo también, como ella, admiro y aplaudo sinceramente en Alejandro Dumas, hijo.

LEOPOLDO LACOUR

CANTANTES

Para las personas observadoras que viven ó que han vivido algunas temporadas en el campo, no es novedad este descubrimiento:

Hay artistas de canto en los pájaros y entre los animales de otras razas.

Voces de tenor, de barítono, de bajo; de tiple, de contralto, de «mezzo-soprano» y otras de corista de ambos sexos.

Porque la voz de corista, en estos tiempos, no suele ser voz definida, particularmente la voz de señora del cuerpo de coros.

Son voces convencionales de artistas en piernas, que lo mismo pueden parecer de tiple absoluta que contralto constitucional.

En el campo hay artistas espontáneos.

El ruiseñor es el Gayarre de las enramadas, el tenor rural que no admite comparaciones.

El jilguero es un tenorino de zarzuela moderna.

El canario es uno de los altri tenori, para proporcionar descanso al primero, que es el ruiseñor.

Las golondrinas son tiples apasionadas, tiples dramáticas.

El mochuelo, tenor cómico, por horas.

La lechuza es la característica de zarzuela.

En otra compañía el gallo es el tenor, el grillo la tiple aguda.

El pollino es uno de los seres peor apreciados en sociedad.

Se entiende el pollino pobre, porque el asno en buena posición vive halagado por sus contemporáneos.

El pollino, entre otras muchas condiciones excelentes, posee la voz de bajo sin mistificaciones.

Hay poetas que hablan ó escriben del canto del gallo. Ninguno se ocupa en elogiar el canto del pollino.

Ingratitud manifiesta.

Porque el hombre debe al borrico sin número de consideraciones por sus actos, consignados en la historia.

El perro es otro artista de nacimiento.

En Nueva York, donde tantos sucesos extraordinarios registra la prensa, organizó un profesor de canto un coro de perros.

El faldero era la tiple; el bull-dog el barítono; el mastín bajo cantante; el podenco, caricato; varias perras de lanas eran contraltos y mezzo-sopranos.

Cantaban el repertorio de Bellini, Donizetti, Rossini, Verdi; algo de Wagner y la música clásica de Mozart y de Mendelsohn.

Un príncipe extranjero se enamoró de una tiple y la robó para dedicarla á la caza, después de intentar inútilmente comprársela al director.

– Yo no vendo á mis artistas, – replicó el propietario.

La prensa dió cuenta del rapto.

En los Estados Unidos ocurren cosas muy raras.

El cerdo posee también voz, pero no afina.

He oído á varios de ellos cantar el miserere del *Trovador*, en sus postrimerías.

El gato, que parece indiferente para el arte musical, en una temporada del año «se arranca por lo flamenco» y luce sus facultades vocales.

Para los recitados es una especialidad.

El loro es refractario al arte; estúpido por naturaleza y plagiario, nada tiene suyo: ni la música ni la letra.

Canta lo que oye y habla lo que le enseñan.

Como en los bosques de España aun no hay leones, ni tigres, ni panteras, porque los ejemplares que hay andan por poblado, no conocemos sus facultades artísticas.

Los poetas cantan con frecuencia esa armonía que llega á sus oídos en el campo, en las noches del estío, para ellos siempre estrelladas como los huevos.

Para disfrutar de esas armonías es preciso poseer oído privilegiado.

Así se encuentra armonía y cantantes en todas partes.

Porque como hay ejemplares de personas sin olfato, los hay de personas sin oído artístico.

Un chico á quien me recomendaron, intentó declararse crítico musical, recién venido.

La primera noche que fué al teatro de la Opera, preguntó:



QUINTA DE ALEJANDRO DUMAS EN PUYS

– ¿Quién es el tenor?

Y le respondieron, indicándole á Uetam:

– Ese.

– ¡Caramba! – exclamó, – parece algo oscuro para tenor.



EL GABINETE DE TRABAJO

UN COLOQUIO cuadro de Mauricio Leloir

– Nada de eso, – le replicó un guasón, – hay tenores más y menos brillantes; algunos que parecen bajos, como ese, aunque como ese hay pocos, créalo V. ¿Un bajo qué es? un tenor rebajado como el vino, ó un tenor en lastre; ¿y un tenor? pues un bajo á quien le sacan punta.

El arte vocal está muy extendido.

Donde menos se piensa aparece un cantante ó una vocal.

EDUARDO DE PALACIO

NOTICIAS VARIAS

EL PRIMER CABLE TELEFÓNICO SUBMARINO. – Parece ser que entre Buenos Aires y Montevideo, á través de la embocadura del río de la Plata, va á establecerse el primer cable telefónico submarino. De construcción especial, permitirá telegrafiar y telefonar simultáneamente por los mismos hilos en una longitud de 50 kilómetros á través de la bahía, que por otra parte, no tiene grandes profundidades. El establecimiento de este cable entre la República Argentina y el Uruguay se ha emprendido por Ocampo, de Buenos Aires, en colaboración de los ingenieros belgas M. M. Mourlon, que han expedido ya todo el material.

* * *

AVENTURAS DE UN RELOJ. – *La Revista de los joyeros* ha reproducido la siguiente noticia de un antiguo periódico inglés: En diciembre de 1787, algunas personas que pescaban en el Támesis cogieron un lobo marino. Por la poca resistencia que hizo en el momento de su captura, conocieron que el monstruo estaba enfermo ó medio muerto. Lo sacaron á la orilla, lo abrieron y se le encontró en el estómago un reloj de plata con su cadena, una sortija de granate y muchos cabos de galón de oro. Estos objetos hicieron presumir que habían pertenecido á un oficial que, habiendo caido al mar, fué devorado por el animal, suposición muy luego confirmada. El reloj llevaba la inscripción siguiente: «Henry Waston, London, número 1369.» Se acudió á casa del relojero, el cual examinó sus libros y vió que dos años antes había vendido aquel reloj á un tal Thompson, habitante en el East-End. Este Thompson conoció el reloj y manifestó que se lo había regalado á su hijo para su primer viaje por mar.

Sentadas estas premisas, en breve se adquirió la certeza de que el joven oficial había desaparecido una noche, á nueve millas de Falmouth. Creíase generalmente que había desertado mientras estaba de guardia, siendo así que cayó sin duda al agua y el escualo lo devoró. Este animal había podido digerir el hombre, pero no el metal.

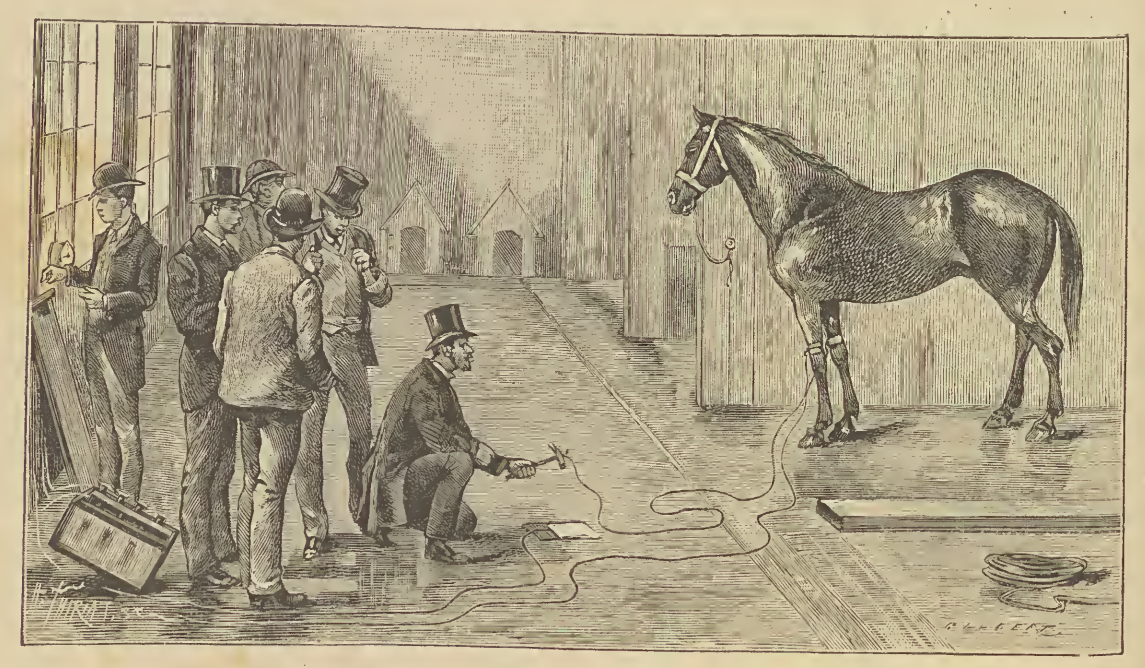
LA MUERTE POR LA ELECTRICIDAD

(Experimento en el laboratorio de Mr. Edison en Orange)

Las acciones fisiológicas de la electricidad, tan numerosas y tan poco conocidas todavía, no han empezado verdaderamente á desempeñar cierto papel hasta el momento del descubrimiento de los fenómenos de inducción; pero este papel ha ido creciendo de un modo tan terrible como fúnebre, pues habiendo tenido principio por una distracción, la electricidad sirve ya para hacer pasar de la vida á la muerte á los sentenciados á la última pena en el Estado de Nueva-York.

Con este objeto se han hecho ensayos preliminares en ciertos animales, en el laboratorio que el insigne Edison tiene en Orange, bajo la dirección de M. Harold P. Brown.

Después de matar eléctricamente dos novillos, se hizo la prueba con un caballo de 590 kilógramos de peso, estableciendo las comunicaciones representadas en nuestro grabado: su resistencia entre electrodos ó sea ambos polos de la pila era de 11,000 ohms. La potencial media era de unos 50 volts, pero la rotura del voltámetro no permitía apreciar esta fuerza electromotriz sino por el brillo más ó menos intenso de una serie de lámparas de incandescencia montadas en derivación en los dos conductores. Se cerró el circuito con un simple martillazo, es decir, durante un momento de duración casi inapreciable; el animal pareció no experimentar ningún efecto de esta corriente tan rápidamente pasajera; é igual resultado dieron las que duraron cinco y quince segundos; hasta que por fin se aplicó una fuerza electromotriz media total de 700 volts, por espacio de veinticinco segundos. Durante este experimento se desprendía vapor de los electrodos, lo cual indicaba un contacto insuficiente. La muerte fué entonces instantánea.



LA MUERTE POR LA ELECTRICIDAD. – Experimento en el laboratorio de Mr. Edison en Orange

Para enlazar los hilos á las patas del caballo, se le untaron de una pasta húmeda alrededor de la cual se enrollaron aquellos.

Ahora es cuestión de continuar las pruebas, matando un animal más grande, un elefante; á cuyo efecto se ha elegido el elefante *Chief*, el mayor de todos los conocidos en el Estado de Nueva-York, cuyo cuadrúpedo se ha vuelto tan malo y peligroso, que se ha resuelto darle muerte.

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN